

La condición urbana. La ciudad a la hora de la mundialización.

Olivier Mongin. Buenos Aires: Paidós, 2006.

España Verrastro

Correo electrónico: everrastros@gmail.com

Dirección postal: Pedro Bidegain 4068,
(1233) Ciudad de Buenos Aires.

Fecha de recepción del artículo: 15 de marzo de 2011

Fecha de aceptación final del artículo: 20 de mayo

Olivier Mongin es filósofo de profesión y fue alumno de Paul Ricœur. Desde 1988 es editor y director de la revista francesa de pensamiento contemporáneo *Esprit*. Además, co-dirige la colección "La couleur des idées" (El color de las ideas) en las ediciones Seuil desde 1985. Entre sus obras se encuentran *El miedo al vacío*, un trabajo sobre las pasiones democráticas (Fondo de Cultura Económica, 1993: versión original 1989) y *Violencia y cine contemporáneo*, un escrito sobre el predominio de la imagen y la proliferación de la violencia en las sociedades modernas (Paidós, 2002: versión original 1999).

La condición urbana, publicada originalmente en Francia en 2005, es una de sus últimas obras. En ese libro, el autor analiza las transformaciones de las ciudades y postula que el modelo de ciudad europea, concebido como una gran aglomera-

ción que reúne e integra, está en vías de desaparición. Mongin observa una mutación de lo urbano a escala mundial, describe el pasaje de lo urbano a lo "posturbano" y de la ciudad a la "posciudad". El análisis de estas transformaciones se da en el marco de una proliferación de ciudades y frente a la proyección de que, para el año 2015, existirán 33 megalópolis¹ de las cuales 27 se encontrarían en los países menos desarrollados y sólo Tokio sería una ciudad rica. Plantea que la tradicional visión de una ciudad al estilo europeo pierde terreno a favor de una metropolización como factor de dispersión, fragmentación y multipolarización.

El autor considera que la reflexión en torno a la idea de "condición urbana", en su doble sentido, así como la presentación del estado de situación y la precisión semántica, son puntos de partida primordia-

les a la hora de enfrentar los desafíos y urgencias que se presentan. La modificación rápida de los territorios influidos por las grandes revoluciones tecnológicas han dado lugar a la preponderancia de los flujos por sobre los lugares.

La nueva cultura urbana exige que el espacio adquiera una forma política y encuentre una coherencia que le permita defenderse de la desintegración, donde lo uno y lo múltiple puedan marchar concentradamente.

Además de tomar en consideración los flujos y las redes entre las ciudades, Mongin se pregunta por el tipo de lugares y jerarquías que emergen entre esos diversos espacios. Considera que la evolución de la experiencia urbana debilita notablemente la dimensión política de la ciudad. Si el espacio común ya no es la regla, hay que fundar o refundar las entidades políticas

y los lugares que congregan para que el espacio adquiera una forma política y encuentre una coherencia que le permita defenderse de la desintegración de lo urbano.

Mongin ofrece una profunda reflexión en torno a la cuestión urbana reuniendo en su recorrido las reflexiones de un sinnúmero de autores tales como Ascher, Beck, Choay, Donzelot, Damisch, Koolhaas, Lévi-Strauss, Magnaghi, Sassen, Touraine y Veltz, entre otros. En este viaje transita por ciudades de toda Europa llegando hasta Buenos Aires y el Cairo.

El recorrido empieza por las ciudades idealizadas que despiertan la inspiración en el cuerpo y el espíritu. Diseña, así, una suerte de tipo ideal de la condición urbana entendida como la posibilidad ilimitada de relaciones en un espacio físico limitado. Un espacio que vincula elementos mentales, físicos, imaginarios y espaciales. Luego, el autor describe el devenir urbano en la era de la "mundialización" contemporánea destacando el fenómeno de la fragmentación pero también la aparición de una "economía de archipiélago" en la cual las "ciudades en red" ya no se corresponden en absoluto con la "red de las ciudades" mercantiles. El lugar de la ciudad es inseparable de los flujos con los cuales se encuentra en tensión. Desde este punto de vista, el autor considera necesario volver a pensar el papel que le cabe a la experiencia urbana y a la constitución de lugares que promuevan la *vita activa*, propone exhibir la ciudad como una ciudadela sitiada por flujos exacerbados por la "tercera mundialización" histórica.

Mongin se refiere a la experiencia urbana como una experiencia en-

tre "entre dos Mundos", es decir, entre dos condiciones urbanas. Esta expresión ilustra una tensión entre el mundo de la ciudad (el que hace la "sociedad") y el de lo urbano generalizado (el que ya no constituye la "sociedad" sino que pretende ajustarse a la escala mundial).

Al final del recorrido el autor invita a preguntarse si los lugares creados por la reterritorialización en curso permiten que se los habite y si favorecen la institución de prácticas democráticas en los espacios urbanizados. Considera entonces que el desafío está puesto en reconciliarse con el espíritu urbano y ciudadano, ese espíritu que cree que lo uno y lo múltiple aún pueden marchar concertadamente.

Primera parte: La ciudad, un "ambiente en tensión"

En la primera parte del libro, el autor reflexiona acerca del primer sentido de la expresión "condición urbana" concebida como un territorio específico -la ciudad- donde se desarrolla el espacio ciudadano y es a la vez su condición de posibilidad.

Más allá del aspecto físico (territorio y límites), la experiencia urbana se conjuga en tres "tipos" que entrelazan lo privado y lo público, lo interior y lo exterior, lo personal y lo impersonal. La ciudad es una experiencia física polifónica donde interviene la relación circular entre el centro y la periferia, un espacio público donde interviene la vida política y un objeto que se mira, una construcción sometida a la entrada de flujos de la técnica y a la voluntad de control del Estado. La ciudad es un espacio finito que ofrece la posibilidad de trayectorias

infinitas. Una ciudad debe ofrecer la posibilidad de trazar trayectorias corporales en todos los sentidos (los cuatro puntos cardinales) y todos los niveles (el horizontal, el alto, el bajo, el subterráneo). La condición de esta experiencia infinita es el marco urbano mismo: la infinidad de recorridos coincide con un espacio singular. La ciudad es una entidad acotada, limitada y abierta hacia el ambiente que la rodea. El marco espacial no es arbitrario, oscila entre un centro y una periferia, con lo cual favorece un movimiento permanente entre dos límites, un ida y vuelta incesante entre una aspiración centrífuga al afuera y una seducción centripeta por el adentro.

En consonancia con el concepto de "tipo ideal" de Weber, el autor considera que la experiencia urbana se ha consolidado a lo largo de la historia de la democracia europea y que conserva su significación por ser una mezcla de elementos mentales y físicos, de lo imaginario y lo espacial. Es una experiencia multidimensional que no separa lo público de lo privado sino que asocia ambos ámbitos. Es esa experiencia entendida de acuerdo a diversos registros.

Mongin describe tres formas de experiencia. Por un lado, la "experiencia corporal" mediante la cual "cobra forma" la ciudad. La ciudad como un cuerpo, un espacio finito donde es posible una trama de trayectorias corporales infinitas, en todos los sentidos (puntos cardinales) y en todos los niveles, y con contenido temporal. Por otro lado, la "experiencia física" es el deambular de un cuerpo en un espacio donde predomina la relación entre centro y periferia; el espacio público, es donde se expone una

¹ Centros urbanos devenidos en "ciudades masa", "ciudades mundo", con frecuencia completamente fuera de control (Mongin, 2006:204).

vida política. Finalmente, la “experiencia pública” es el espacio mediante la cual la ciudad se “pone en escena”, no porque la ciudad posea espacios definidos y distinguidos como públicos sino porque crea la condición de posibilidad donde se exige encontrar la mejor posición entre las tensiones producidas entre lo público y lo privado, lo interior y lo exterior, y la interioridad y la exterioridad. Estas tensiones se entrelazan, se confunden, se relacionan. Es necesario no reducir la experiencia pública por excelencia -la experiencia política- solamente al espacio público. El espacio público es la ocasión de exteriorización de uno mismo, mientras que la política implica una acción colectiva.

En efecto, la “experiencia política” remite a concepciones acerca de la solidaridad, la integración y la condición de ciudadano que implica movilidad. Se establece un adentro, un espacio de derecho donde prevalece la identidad y la pertenencia en relación con el afuera.

La experiencia urbana continúa siendo un “ideal regulador”, una fuente de significación en tanto la mezcla entre elementos mentales y físicos, de lo imaginario y de lo espacial. Sin embargo, Mongin nos exhorta a pensar la actual preponderancia de los flujos por sobre los lugares, frente al que el urbanismo contemporáneo debe resolver cómo continuar facilitando la posibilidad de realización de la experiencia urbana. Esto es, de establecer relaciones. Ello implica pensar en los pares que la estructuran, las relaciones entre un centro y una periferia, entre lo interior y lo exterior, entre lo privado y lo público, entre el adentro y el afuera. Es necesario comprenderlo para iluminar los vínculos que

existen entre la metamorfosis de lo urbano y la constitución progresiva de la sociedad en red: por un lado segmenta y fracciona; por el otro, reúne a individuos próximos en ciudades homogéneas. Ya no relaciona, organiza lógicamente tipos de reunión y agregación homogéneos en los que lo que no es integrable se expulsa al exterior y de esta forma, el centro reúne en un solo objeto la ciudad entera. La continuidad se impone en apariencia a la discontinuidad, triunfa la oposición entre el adentro y el afuera.

Segunda parte: La posciudad o las metamorfosis de lo urbano

En la segunda parte del libro, el autor aborda la condición urbana conjugada con las formas de la “posciudad” y “lo urbano generalizado”, la ausencia de límites y de discontinuidad. Al imponerse la continuidad, y con ella la extensión y el escalonamiento de los territorios urbanos, los flujos condicionan la organización de las ciudades que pierden su autonomía. La “posciudad” y “lo urbano generalizado” designan entonces a un fenómeno doble: por un lado, el predominio de los flujos, la preeminencia de la red sobre la ciudad, el reino de la continuidad territorial; por el otro, la transformación de los espacios urbanos en lugares sometidos a la presión externa de los flujos. Esta condición urbana generalizada está en el origen de un sistema urbano mundializado que privilegia las redes y los flujos, contribuyendo a distinguir, jerarquizar y fragmentar a los lugares entre sí.

Mongin caracteriza a la llamada “tercera mundialización” como

producto, entre otros factores, de las nuevas tecnologías y de la revolución económica iniciada en la década del ’60, que implicó rupturas históricas cualitativas al fusionar las “economías mundo” en una sola, así como la inversión de la relación de las ciudades con el Estado. Este proceso no puede reducirse a un solo aspecto. Tiene consecuencias observables en otros planos (cultural, político migratorio, jurídico, territorial) que se entrecruzan aunque o no necesariamente se superponen y no tienen igual capacidad de presión. Es por esto que distinguirlos y especificarlos permite entender la importancia de los flujos territoriales para comprender la reconfiguración de los territorios. Esta “tercera mundialización” no se caracteriza por una articulación jerárquica y piramidal con un centro y una periferia, sino por la oscilación entre lo limitado y lo ilimitado.

La limitación ya no tiene el objetivo de crear un marco político integrador sino que responde a una ilimitación precedente, la de los flujos mundializados. Se pasa de un mundo marcado por la verticalidad a un mundo que privilegia una horizontalidad falsamente continua que crea discontinuidades, rupturas y discordancia de una índole inédita: un nuevo régimen de crecimiento, la “mundialización” política y el debilitamiento de la función integradora del Estado, la “mundialización” cultural, la reconfiguración de los territorios, la revolución tecnológica, empañamiento de lo real y liberación de lo posible. Esto no da lugar a un paisaje homogéneo. La aparición de lo urbano sin urbanidad es el resultado de lo urbano

que repele sus límites en un doble sentido: se despliega hacia fuera y se pliega y contrae internamente.

La expresión “urbano generalizado” no designa entonces a una red de ciudades que coexisten, sino que se refiere a una red urbana preexistente que pesa sobre los lugares que deben adaptarse a su velocidad y a su escala. Se impone una representación del caos que suscita interpretaciones encontradas: se habla del “caos bueno” y del “caos malo”, favoreciendo una doble visión en la que lo imaginario y la realidad parecen confundirse. Con el desarrollo del fenómeno metropolitano y la urbanización contemporánea emerge entonces la segunda paradoja: un espacio ilimitado que dificulta e imposibilita los intercambios y las trayectorias, favoreciendo prácticas limitadas y segmentadas, privilegiando el escalonamiento en lugar de la dialéctica del adentro y del afuera. Esta dinámica aparece acompañada con la jerarquía entre los espacios urbanos (en relación a la mayor o menor conexión con la red global) junto con una separación creciente en el seno mismo de los lugares. La desaparición de una cultura urbana de los límites da lugar a diversas figuras, a una varie-

dad de “ciudades mundo” (en un extremo: metrópoli, megaciudad, ciudad global). A diferencia de la condición urbana que establecía el vínculo entre un adentro y afuera donde se podía entrar y salir, lo urbano generalizado (inseparable de una dinámica metropolitana) da lugar a ciudades ilimitadas que se despliegan en el interior, o a ciudades que se encierran en sí mismas, o a ciudades llamadas globales que se contraen para conectarse mejor a los flujos.

Tercera parte: El imperativo democrático

En la última parte del libro el autor reflexiona sobre la urgencia de reconquistar el sentido de lo local que aliente la formación de una comunidad política para poder asegurar la prevalencia de la democracia. Esta “reconquista” se plantea con una combinación de exigencias en tres ordenes: arquitectónico (imaginar enlaces), urbanístico (constituir espacios que no se replieguen sobre sí mismos) y político (reintegrar los espacios urbanos que se deshacen o divorcian entre sí). Promueve, en primera instancia, un retorno de los lugares. Esta tarea requiere

una toma de conciencia efectiva del papel que desempeña lo “local” con sus múltiples variantes. Lo local exige rehacer o crear lugares, transformar territorios en lugares, en espacios que vuelvan a ser aglomerados urbanos.

En el plano político, exhorta a desprenderse del lastre de la relación centro-periferia y dar prioridad a las aglomeraciones multipolares que presentan una coherencia (histórica, geográfica, económica) a fin de que el Estado promueva en ellas políticas de redistribución que no intervengan únicamente “en las márgenes”. En ese sentido, pone en diálogo a las políticas que se aplican en las ciudades Francesas y en Estados Unidos mostrando las ventajas de las experiencias de desarrollo comunitario por sobre las experiencias centradas en la discriminación positiva de los actores periféricos. Finalmente, postula que el resurgimiento de los lugares requiere la existencia de una política capaz de circunscribir un espacio legítimo de representación y de “conciencia metropolitana” sin la cual no puede existir la participación. Por esto, más allá de la representación, el autor señala, la urgencia en recrear las comunidades políticas.